

CARTA DÉCIMAQUINTA.

Diciembre 10.

Respuesta á una pregunta. — La señal de la cruz es una arma que disipa al enemigo. — La vida es una lucha. — Contra quién. — Necesidad de una arma al alcance de todos. — ¿Cuál es esa arma? — Pruebas de que la señal de la cruz es una arma especial, el arma de precision contra los espíritus malos.

Si enseñas mi última carta á tus compañeros, es probable, querido amigo, que te digan: Si la señal de la cruz es tan poderosa como se os escribe, ¿por qué no hace ya lo que ha hecho otras veces? Para esta pregunta hay muchas respuestas.

La primera es de San Agustin. Hablando de los milagros el gran doctor, hace una observacion muy justa. “Los milagros, dice, referidos en el cánón de los libros santos, tienen una gran

publicidad: nadie los ignora, leyendo ú oyendo leer la Escritura. Debia ser así, porque son las pruebas de la fé.

“Hoy todavía se hacen milagros en nombre de nuestro Señor, por medio de los Sacramentos, y por las oraciones en las tumbas de los santos; pero no tienen con mucho la notoriedad que los primeros. Se les conoce donde se operan, y si el lugar es muy grande, no llegan á noticia de todo el mundo, y solo se informa de ellos un pequeño número de personas. Cuando los refieren á otras personas y en diversos lugares, la autoridad de su testimonio no es tal, que se les admita sin dificultad ni vacilacion, aunque se cuenten de cristianos á cristianos.”¹

En prueba de lo que asienta, el santo refiere muchos milagros hechos á sus ojos, y algunos de ellos por la señal de la cruz, de manera que, de que tus camaradas ú otras personas no tengan conocimiento de milagros operados en nues-

¹ Nam plerumque etiam ibi paucissimi scient, ignorantibus cæteris, maxime si magna sit civitas; et quando alibi aliisque narrantur, non tanta ea commendat auctoritas, ut sine difficultate vel dubitatione credantur, quamvis christianis fidelibus a fidelibus indicentur. [*De Civ. Dei*, lib. XVII, c. VIII.]

tros días por la señal de la cruz, no es una razón para concluir que no los haya habido.

Naturalmente tras esa respuesta, se presenta otra de un gran doctor, del Papa San Gregorio, distinguiendo los tiempos antiguos de los modernos. "Al principio de la Iglesia, dice, los milagros fueron necesarios, pues por ellos debía afirmarse la fé de los pueblos. Cuando plantamos un árbol, le regamos hasta que cria raíces; el día en que tenemos seguridad de que así ha sucedido, cesa el riego; por lo mismo dice el apóstol: "El dón de las lenguas es un signo, no para los fieles, sino para los infieles."

Lo mismo debe decirse de la cultura moral que de la material. Hoy que el cristianismo ha echado raíces en las entrañas del mundo, los milagros no son, ni con mucho, tan necesarios como en el momento de la divina plantación. Mil quinientos años hace que San Agustín decía: "En nuestros días, el que para creer pide prodigios, es él mismo el mayor de ellos."

1 Hinc est enim quod Paulus dicit: Linguae in signum sunt, non fidelibus, sed infidelibus. (*Homil. XXXIX. in Evang.*)

2 Cur, inquit, nunc illa miracula, quae praedicatis fac-

Por un instante supón al mundo en las circunstancias en que se encontraba al nacer la Iglesia, y verás á la señal de la cruz renovando todos los antiguos milagros. Escuchemos la historia contemporánea.

"¿Lo creeríais? escribe uno de nuestros misioneros, diez ciudades se han convertido. El diablo está furioso, y emplea todos sus esfuerzos: en los quince días que he predicado, ha habido cinco ó seis posesiones. Nuestros catecúmenos, con el agua bendita y la *señal de la cruz*, ahuyentan á los diablos y curan á los enfermos. He visto cosas maravillosas, y el demonio es mi mejor auxiliar para convertir á los paganos. Como en los tiempos de nuestro Señor Jesucristo, aunque padre de la mentira, no puedo ménos que decir la verdad. Mira aquel pobre poseído haciendo mil contorsiones, y diciendo á grito herido: ¿Por qué predicas la verdadera religion? No puedo sufrir que me arrebatéis mis dioses. — ¿Cómo te llamas? le pre-

tere esse, non fiunt? Possem quidem dicere, necessaria fuisse priusquam crederet mundus, ad hoc ut crederet mundus. Quisquis adhuc prodigia ut credat inquirat, magnum est ipse prodigium qui mundo credente non credit. (*Ubi supra.*)

gunta el catequista. — Después de alguna resistencia. — Soy el enviado de Lucifer. — ¿Cuántos sois? — Veintidos. — Pues bien, el agua bendita y la señal de la cruz han libertado á ese poseído.¹

Pero aun admitiendo, lo que ciertamente no admito, que la señal de la cruz no haga ya milagros entre los pueblos cristianos, ¿por cuántos efectos sobrehumanos no revela su poder á cada hora, de día y de noche y en todos los lugares cristianos? Si pones cien millones de tentaciones por día, ten por cierto que más de las tres cuartas partes se disipan por el signo de la cruz. ¿Quién no ha hecho la experiencia por sí mismo? Parte de este punto, recordando, que lo que tú haces hacen los otros, y podrás medir el poder permanente y universal del signo libertador.

Voy más léjos, y admito que la señal de la cruz no ha conseguido arrojar los pensamientos impuros, disipar los encantos seductores y de tener el alma, apartándola del borde del precipi-

¹ Carta de Mr. Anouilh, obispo de Abydos, misionero en China. — Tching-Ting-Fou, provincia de Pekin, fecha 12 de Marzo de 1862.

cio, ¿de quién es la culpa? ¿no es necesario atribuirlo á la poca fé de los cristianos de nuestros días? ¿No será necesario decir de la ineficacia de la señal de la cruz, lo que por un gran número se dice, y con razon, de la inutilidad de la comunión: la falta no está en el alimento, sino en las disposiciones del que lo toma: *Defectus non in cibo est, sed in edentis dispositione?*

Con objeto de curar esta falta de fé, que empobrece y arruina á los cristianos, he emprendido nuestra correspondencia. Voy á continuarla, desarrollando un nuevo título de la señal de la cruz, á la confianza del siglo diez y nueve.

SOLDADOS, LA SEÑAL DE LA CRUZ ES UNA ARMA QUE AHUYENTA AL ENEMIGO. — Hace más de tres mil años que Job definió la vida. Una lucha incesante: *militia est vita hominis super terram*. Los siglos han pasado; las generaciones han sucedido á las generaciones; los imperios han hecho lugar á otros imperios, veinte veces se ha renovado la faz del mundo, y la definición de Job no ha dejado de ser verdadera.

La vida es una lucha, lo mismo para tí y para mí, que para tus camaradas: para el rico como para el pobre: lucha que comienza en la cuna,

para no terminar mas que en la tumba: lucha de todos los instantes del dia y de la noche, tanto en el estado de salud como en el de enfermedad: lucha decisiva, de cuya victoria ó derrota dependen, no la fortuna, ni la salud, ni las ventajas temporales que tanto estimamos, sino infinitamente más que todo eso, una eternidad de felicidad ó desgracia. Tal es, querido amigo, la condicion del hombre sobre la tierra, y no nos es dado cambiarla.

¿Cuáles son los enemigos, tanto tuyos como míos, y quién no los conoce, no solo por su nombre, sino por sus ataques? El demonio, el mundo y la carne, tres poderes formidables encarnizados en nuestra pérdida. No pensando de ninguna manera darte un curso de ascetismo, me ocuparé solo del primero.

Así como es evidente que existe Dios, también es cierto que existen los demonios. "Ni hay Satanás, ni hay Dios," decia Voltaire, y tenía razon. Si no hay Satanás, no hubo caída, sin esta no pudo haber redencion, sin redencion, no hay cristianismo, sin cristianismo, todo es falso, el género humano es un loco, y Dios no existe.

Los demonios son ángeles caídos, y por su inteligencia, su fuerza y agilidad, son muy superiores al hombre. Su número es incalculable, y hasta el dia del juicio final tendrán por morada el infierno y la atmósfera que nos rodea. Llenos de envidia de los hijos de Adán, llamados á gozar la felicidad que perdieron, su ocupacion incesante dia y noche, es tendernos redes, fomentar nuestras pasiones, procurarnos situaciones peligrosas, oscurecer nuestros ojos á la fé, confundir el sentido moral, ahogar los remordimientos y hacernos cómplices de su rebelion, para convertirnos en compañeros de sus tormentos. Repito que todas estas verdades son tan ciertas, como la existencia de Dios.

Tiranos del hombre por el pecado, son al mismo tiempo seres que le están sometidos: vencido un rey, su reino pertenece al vencedor. Derramados por todas partes, y al lado de cada criatura en particular, procuran dominarlas por sus malignas influencias; en los limites del poder que les ha abandonado, forjan los instrumentos de su odio contra el hombre, contra su alma y contra su cuerpo. Esto es un dogma universal de fé.

¿Qué sabe el que lo ignora? Nada. ¿El que duda de él? Menos que nada. El que lo niega, no debe contarse entre los hombres inteligentes.

Dados la lucha y el hombre, tales como son, ¿puedes concebir que la Divina Sabiduría hubiera dejado al género humano sin defensa? ¿Cómo no comprender al contrario, como se comprende que dos y dos hacen cuatro, que para equilibrar la lucha ha dado Dios al hombre una arma poderosa, universal, siempre bajo su mano y al alcance de todos? ¿Cuál es esa arma?

Interroguemos á todos los siglos, y con especialidad á los cristianos, y unánimemente responderán que es la señal de la cruz: el uso constante que de ella han hecho, afirma su respuesta. Este punto de vista ilumina toda la historia del adorable signo, demuestra la razón; justifica altamente la conducta de los primeros cristianos, y no menos altamente condena la nuestra.

Nada es tan cierto, como que la señal de la cruz debe considerarse como el arma de precisión contra Satanás y sus ángeles. Dime, cuando se quiere conocer el valor de un cañon, de una carabina, ó de alguna arma de nueva invencion, ¿cuál es la manera de proceder?

Nadie se fia ciegamente en el inventor. La autoridad nombra una comision, y el ejército la ensaya delante de jueces competentes. Las experiencias justificadas por ellos, deciden del mérito del objeto de guerra sometido á su examen.

Hágase otro tanto con la señal de la cruz. Recuerda solamente que el signo divino no es una arma recién construida. Es vieja, viejísima; pero no está enmohecida ni gastada, ni fuera de servicio. Respecto del jurado de exámen, mucho tiempo ha que se formó, y no deja que de-sear. Lo compusieron los hombres mas competentes de Oriente y de Occidente, hombres especiales, que de antigua fecha conocian el arma en cuestion y la ciencia de la guerra, no solo teórica, sino prácticamente. Escucha la opinion de ese tribunal.

¿Podia dejar de creer en el poder de la señal de la cruz, y la bondad de esa arma divina, el juez que explica su voto en estos términos? "Jamás salgas de tu casa, sin hacer ántes la señal de la cruz, será para tí un apoyo, una arma inexpugnable: no se atreverán á atacarte ni hombre ni demonio, al verte protegido por

semejante armadura. En cuanto á tí mismo, ese signo demuestra que eres soldado, pronto á combatir contra el demonio, y dispuesto á luchar por la corona de la justicia. ¿Ignoras lo que hace la cruz? Vence la muerte, destruye el pecado, vacía el infierno, destrona á Satanás y resucita al universo, y ¿aun dudarás de su poder?"¹

¿Creería el segundo, cuyas palabras van á seguir? "La señal de la cruz es la armadura invencible contra los tiranos. Soldados de Cristo, que esa armadura no os abandone jamás, ni de día ni de noche, ni en ningún instante ni en ningún lugar. Sin ella nada debéis emprender; pero que durmais ó viajéis, que veáis y trabajéis, que comáis ó bebáis, que navegéis ó atraveséis los ríos, estad siempre cubiertos con esa coraza.

"Adornad y protegéd cada uno de vuestros miembros con ese signo vencedor, y nada podré perjudicaros: ningún escudo hay tan poderoso

1 Sed cum es januæ vestibula transgressurus crucem in fronte imprime. Ignoras quanta crux perfecit? mortem dissolvit; peccatum extinxit; orcum inanem reddidit; diaboli solvit potentiam totum orbem exsuscitavit; et tu in ipsa non confidis! (S. Chrys., *Homil. XXII, ad popul. Antioch.*)

contra los ataques del enemigo. A la vista de este signo, los poderes infernales, espantados y temblorosos, emprenden la fuga."¹

¿Creía el tercer juez que dirigía á los cristianos y á él mismo la recomendación siguiente? "Hagamos valerosamente la señal de la cruz. Cuando los demonios la ven, recuerdan al Crucificado, emprenden la fuga, se ocultan y nos abandonan."²

¿Y el cuarto qué decía? "Llevemos sobre nuestra frente el estandarte inmortal: su vista hace temblar á los demonios. Los que no temen á los dorados capitolios, tienen miedo de la señal de la cruz."³

1 Armemur insuperabili hac christianorum armatura hac te lorica circumtege, membraque tua omnia salutari signo exorna atque circumsepi, et non accedent ad te mala Sunt enim vehementer contraria telis inimici. Hoc signo conspecto adversariæ potestates conterritæ tremen. tesque recedunt. (S. Eph., *De Panoplia et de Peniten.*, apud Gretzer, p. 580, 851 et 642.)

2 Hoc signum ostendamus audacter, quando enim dæmones crucem viderint, recordantur crucifixi effugant dæmones, declinant recedunt. (S. Cyrill., *Catech.*, XIII.)

3 Immortale vexillum portemus in frontibus nostris, quod, cum dæmones viderint, contremisceant; qui aurata capitolia non timent, crucem timent. (Orig., *Homil. VII, in divers. Evang. locis.*)

Así juzga el Oriente por el órgano de sus más grandes hombres, San Crisóstomo, San Efrén, San Cirilo de Jerusalem y Orígenes, á los cuales será preciso añadir otros nombres igualmente respetables.

Escuchemos el Occidente. San Agustín decía á los catecúmenos: "Con el símbolo y la señal de la cruz es necesario marchar sobre el enemigo. Revestido con esas armas el cristiano, triunfará sin trabajo de su antiguo y soberbio tirano. Basta la cruz para hacer que se desvanezcan las maquinaciones de los espíritus de las tinieblas."¹

Su ilustre contemporáneo San Gerónimo: "La señal de la cruz es un escudo que nos pone á cubierto de las flechas inflamadas del demonio."²

Y en otro lugar: "Haced á menudo la señal de la cruz sobre vuestra frente, para no procurrar presas al exterminador de Egipto."³

1 Noverint cum symboli sacramento et crucis vexillo ei debere occurri, ut talibus armis indutus, facile vincat christianus. de cujus oppressione male antea triumphaverat nequissimus. (*Lib. de symb., c. I.*)

2 Scutum fidei, in quo ignitæ diaboli exstinguuntur sagittæ. (*Ep. XVIII, ad Eustoch.*)

3 Crebro signaculo crucis munias frontem tuam, ne ex-

Lactancio: "El que quiera conocer el poder de la señal de la cruz, no tiene que ver sino el temor que infunde á los demonios: espantados al nombre de Jesucristo, les hace salir de los cuerpos de los poseidos. ¿Qué tiene eso de admirable? Cuando el Hijo de Dios estaba sobre la tierra, con una sola palabra ponía á los demonios en fuga y devolvía el reposo y la salud á sus desgraciadas víctimas. Hoy sus discípulos arrojan á los mismos espíritus inmundos, en nombre de su Maestro y por el signo de la pasión."¹

El Oriente y el Occidente han hablado. Los jueces mas competentes proclaman la señal de la cruz, como arma excelente y especial contra el demonio. Incalculable número de experiencias sirven de fundamento á su juicio. En los primeros siglos de la Iglesia se repetían diariamente, en presencia de cristianos y de paganos, sobre todos los puntos de la tierra.

Eran de tal manera concluyentes, que un tes-

terminator Ægypti in te locum reperiat. (*Epist. 97, ad Demetriad.*)

1 . . . Ita nunc sectatores ejus eosdem spiritus inquinatas de hominibus et nomine magistri sui et signo passionis excludunt. (*Lib. IV, c. XXVII.*)

tigo ocular, el gran Atanasio, decia, sin temor de ser desmentido: "Por la señal de la cruz son impotentes todos los artificios de la magia, ineficaces todos los encantos y abandonados todos los ídolos; por ella se moderan, apaciguan y se detienen los arrebatos del deleite mas brutal, y el alma inclinada hácia la tierra, se levanta al cielo.

"En otro tiempo los demonios engañaban á los hombres tomando diversas formas, y permaneciendo al borde de las fuentes, á las orillas de los rios, en los bosques y sobre las rocas, sorprendian por sus prestigios á los mortales insensatos; pero luego que vino el Verbo divino, sus artificios fueron impotentes, bastando la señal de la cruz para desenmascarar los engaños.

"¿Quiere alguno hacer la prueba de lo que digo? Que acuda á los prestigios de los demonios, á las imposturas de los oráculos, y á los milagros de la magia, y haciendo la señal de la cruz invoque el nombre del Señor, y verá cómo por temor al signo sagrado, huyen los demonios, los oráculos enmudecen, los encantos y maleficios son heridos de importancia. ¹

¹ Signo crucis omnia magica compescuntur, beneficia

Voy á citarte algunas de esas experiencias. El preceptor del hijo de Constantino, Lactancio, que conocia mejor que ningun otro los secretos de la corte imperial, refiere lo que sigue: "Mientras que el emperador Maximino, curioso escrutador del porvenir permanecia en Oriente, inmolaba un día víctimas, y buscaba en sus entrañas el secreto de las cosas futuras. Algunos de sus guardias, que eran cristianos, hicieron sobre sí el signo inmortal *inmortale signum*, y al instante los demonios huian y el sacrificio permanecia mudo." ¹

Si á la vista de la señal de la cruz, el demonio se ve obligado á huir de sus templos, ¿cómo podria permanecer en otros lugares? Escuchemos á uno de los más graves doctores del Oriente, San Gregorio de Nicea.

En la vida de San Gregorio el Taumaturgo, llamado el Moisés de la Armenia, el ilustre historiador refiere lo que sigue: "Troado, su diácono llegó una noche a Neversaria. Fatiga-

inefficacia fiunt, idola universa relinquuntur. (Lib. de Incarnat, Verb.)

¹ Quo facto, fugatis dæmonibus, sacra turbata sunt. (Lactant., *De Mortib. persecut.*, c. X.)

do por el viaje creyó útil tomar un baño para procurarse el reposo, y se dirigió á los baños públicos. De ese lugar se habia apoderado un demonio homicida, que daba muerte á cuantos se atrevian á entrar allí despues de la caída del dia, por lo que se cerraban las puertas del establecimiento luego que se ponía el sol.

“Preséntase el diácono, y pide que se le abran: el dueño del baño le hace saber lo que pasa. “Podeis creerme, le decia, que todo el que se atreve á entrar aquí á estas horas, no sale por su pié. En la noche el demonio es el señor de este lugar, y muchos desgraciados han pagado su temeridad con la muerte en medio de los gritos del dolor.”

“Troado, sin tomar en consideracion esas noticias, insiste en que se le abran las puertas. Importunado por sus instancias, el dueño del baño creyó encontrar un expediente para poner su vida á salvo y satisfacer los deseos del solicitante. No atreviéndose á abrir él mismo las puertas, le entregó las llaves y se marchó. El diácono entró solo, y llegado que hubo á la primera sala, comenzó á quitarse sus vestidos.

“Repentinamente y por todas partes, se pre-

sentaron motivos de horror y de espanto: diferentes espectros, mitad fuego, mitad humo, figuras de hombres y de animales, se colocaron ante sus ojos, silbaron á sus oidos, le infectaban con su aliento y le envolvian como en un círculo de fierro. Sin conmoverse el diácono, hizo la señal de la cruz, invocando el nombre del Señor, y atravesó sano y salvo la primera pieza.

“Luego que entró á la sala del baño, vió el espectáculo más horrible. Presentósele el demonio bajo una forma capaz de hacer morir á cualquiera de terror. La tierra temblaba, los muros crugian y se abrian por diversos lugares, y á sus piés el diácono veía una hoguera inmensa cuyas chispas le saltaban al rostro. Recurrió á la misma arma, la señal de la cruz y el nombre del Señor, y todo desapareció al momento.

“Despues de haber tomado su baño, se apresuró á salir; pero el demonio le cerró el paso y mantuvo la puerta cerrada. La oposicion de Satanás fué de nuevo vencida mediante la señal de la cruz, y la puerta se abrió por sí misma. Cuando el valeroso diácono salía, el demonio le dijo con voz humana, *humana voce*: No atribu-

yas á tu virtud haber escapado á la muerte, sino á Aquel cuyo nombre invocaste. Habiendo salido salvo como hemos dicho, Troado fué un motivo de admiracion para el dueño del baño y para los que tuvieron noticia del suceso.”¹

No es un hecho aislado el que acabas de leer, querido amigo, sino una parte del gran conjunto de hechos semejantes, atestiguados por millares de testigos en tiempos pasados, y que se reproducen aún en nuestros días en los pueblos idólatras. Roma fué testigo de ello innumerables veces.

Dejemos hablar á Lactancio: “Cuando los paganos, dice, sacrifican á sus dioses, si alguno de los asistentes se signa la frente con la señal de la cruz, el sacrificio no tiene resultado, y el oráculo no da la respuesta. Esta ha sido á menudo la causa, por la que los malos emperadores han perseguido á los cristianos. Algunos de los nuestros que les acompañaban á los sacrificios, hacían la señal de la cruz, y los demonios, puestos en fuga, no podían marcar en las entrañas de las víctimas los signos que indicasen el porvenir.

¹ *Vit. B. Greg. Inter oper Niss.*

“Cuando los arúspices lo comprendieron, movidos por los demonios, á quienes hacían los sacrificios, no dejaban de quejarse delante de los profanos. Los príncipes se enfurecían y perseguían á muerte al cristianismo, para poder continuar manchándose con los sacrilegios, cuya pena cruelmente soportaban.”¹

Mi primera carta contendrá algunos hechos.

¹ Cum enim quidam nostrorum, sacrificantibus dominis assisterent, imposito frontibus signo, deos eorum fugaverunt, ne possent in visceribus hostiarum futura depingere. (*Lact., lib. IV, c. XVII.*)